

el plan de esta colección nos obliga con harto sentimiento no sólo á prescindir de sus versos, sino á limitarnos á esta rápida mención de sus nombres; y ni aun ésta hubiéramos hecho á no ser tan desconocida en Europa la literatura dominicana.

De los que han fallecido, todavía reclaman alguna mención D. Manuel Rodríguez Objío (1838-1871), ardiente poeta político, que pasó emigrado la tercera parte de su vida y murió fusilado; D. José Francisco Pichardo (1837-1873), que vivió doliente y pobre en Venezuela, y manifestó en sus versos con sinceridad, aunque no con mucho estro poético, su deplorable estado de salud; D. Juan Isidro Ortea (por pseudónimo *Dioris*), fácil y gracioso versificador, cuya poesía *Sueños*, tiene cierta languidez criolla y suave mecimiento como de hamaca; D. Pablo Pumarol, malgrado poeta festivo.

Al movimiento literario de estos últimos años, que fué mayor después de la revolución de 25 de Noviembre de 1873, han contribuido varias sociedades *artísticas y literarias*, tales como *La Republicana*, heredera de la de *Los Amantes de la Luz*, en Santiago de los Caballeros, y otras de menos nombre en Puerto Plata y otras poblaciones. A todas ellas aventajó la de *Amigos del País*, que desde 1877 estableció conferencias literarias, costeó varias publicaciones importantes, como la de las *Poesías*, de la señora Ureña, y la de la *Historia de Santo Domingo*, de D. Antonio del Monte y Tejada, y tuvo por órgano un periódico titulado *El Estudio*. Fundáronse también varios establecimientos de educación, entre ellos la Escuela Normal y el Instituto Profesional de la República. Se abrió á la común lectura

una Biblioteca, á la cual sirvieron de base los selectos libros legados en su testamento por el académico Baralt, que había sido Cónsul de Santo Domingo en Madrid. Y finalmente, en 1874 apareció la primera colección de poetas nacionales, bajo el título de *Lira de Quisqueya* (1). Hasta entonces rarísimo era el poeta dominicano que hubiese hecho colección de sus versos. La mayor parte de sus producciones yacían dispersas en los periódicos antes citados, y en otros, tales como *El Sol*, *El Laborante*, *El Universal*, *El Nacional*, *La Opinión* y *El Centinela*.

Con todos estos estímulos la literatura empieza á cobrar bríos en Santo Domingo, y no sólo existen, entre los poetas jóvenes, aventajados representantes de las principales tendencias líricas que tienen secuaces en España y en la América española, singularmente el realismo y el humorismo de los *Pequeños poemas* de Campoamor; sino que pueden citarse ensayos dramáticos y algún poema histórico de asunto indígena.

Nadie puede exigir modelos de gusto á una literatura naciente, y formada en condiciones tan adversas. Lo que de todo eso haya de quedar, sólo la posteridad puede

(1) No hemos llegado á ver esta colección, formada por D. José Castellanos, pero suponemos que serviría de base, en la parte relativa á Santo Domingo, á la *América poética*, de D. Domingo Cortés (París, 1875), donde figuran los siguientes poetas dominicanos:

Manuel María Valencia, Javier Angel Guridi, Félix María del Monte, Nicolás Ureña, Félix Mota, José María González, Josefa A. Perdomo, Manuel de Jesús de Peña y Reinoso, José Francisco Pichardo, Manuel Rodríguez Objío, José Francisco Pellerano, José Joaquín Pérez, Miguel Román y Rodríguez, Manuel de Jesús Rodríguez, Federico Enriquez y Carvajal, Juan Isidro Ortea, Salomé Ureña de Enriquez, Francisco Javier Machado, Apolinar Tejera.

decirlo. Pero lo que segura y positivamente quedará es el memorable ejemplo de un puñado de gentes de sangre española, que olvidados, ó poco menos, por la metròpoli desde el siglo xvii, como no haya sido para reivindicaciones tardías é inoportunas: coexistiendo y luchando, primero, con elementos exóticos de lengua, después con elementos refractarios á toda raza y civilización europea: empobrecidos y desolados por terremotos, incendios, devastaciones y matanzas: entregados á la rapacidad de piratas, de filibusteros y de negros: vendidos y traspasados por la diplomacia como un hato de bestias: vejados por un caudillaje insoportable y víctimas de anarquía perenne, han resistido á todas las pruebas, han seguido hablando en castellano, han llegado á constituir un pueblo, y hasta han encontrado, en medio de las durísimas condiciones de su vida, algún resquicio para el ideal, y tarde ó temprano han tenido poetas. Lo pasado es prenda de lo futuro, aunque hoy se ciernan negras nubes sobre Santo Domingo y el porvenir de nuestra raza parezca más incierto allí que en ninguna otra parte de la América española (1).

(1) Este capítulo, tan incompleto y breve como es, no hubiera podido escribirse en Europa sin el eficazísimo auxilio de la Comisión nombrada por la República Dominicana, y compuesta de los Sres. D. Francisco Gregorio Billini, D.^a Salomé Ureña de Enriquez, D. Federico Enriquez Carvajal, D. Pantaleón Castillo y D. César N. Penson. Además de una discreta y erudita *Reseña Histórico-Crítica de la Poesía en Santo Domingo*, ha remitido ésta Comisión en esmeradas copias una abundante y selecta colección de poesías dominicanas, y aunque por vivir la mayor parte de sus autores no han podido figurar en nuestra colección, nos parece útil dar el índice completo de estos poetas para utilidad y guía de futuros investigadores de la historia literaria de Quisqueya:

Doña Salomé Ureña de Enriquez.—Encarnación Echavarría de Delmonte.—Josefa Antonia Perdomo.—Altagracia y Luisa Sánchez.—Elena Virginia

VI.

PUERTO RICO.

La pequeña y pobladísima isla de Borinquen, cuya tranquila prosperidad en los tiempos modernos contrasta con el infelicísimo destino de Santo Domingo, pertenece al número de aquellos pueblos afortunados de quienes puede decirse que no tienen historia. Traída á la civilización por aquel romántico viejo Juan Ponce de León, que se perdió por las soledades de la Florida buscando la fuente de la Juventud, no llamó en los primeros tiempos la atención de los conquistadores más que por sus veneros auríferos; y explotados éstos vino á caer en el mismo olvido que Cuba, Jamaica, la Española y demás Antillas, que parecían dominio insignificante puestas en cotejo con las grandezas y maravillas del continente americano. Puerto Rico no tuvo universidad como Santo Domingo y la Habana, y todavía en 1765 no poseía más centros de instrucción que algunas escue-

Ortea.—D. Francisco Muñoz del Monte.—Felipe Dávila Fernández de Castro.—Manuel María Valencia.—Javier Angulo Guridi.—Félix María del Monte.—Félix Mota.—Nicolás Ureña.—Manuel de Jesús Heredia.—José Francisco Pichardo.—Manuel Rodríguez Objio.—Manuel de Jesús de Peña y Reinoso.—Francisco Gregorio Billini.—José Joaquín Pérez.—Manuel de Jesús Rodríguez.—Federico Enriquez y Carvajal.—Juan Isidro Ortea.—Francisco Javier Machado.—Apolinar Tejera.—Miguel Alfredo Lavastida.—Nicolás Heredia.—Federico García y Godoy.—José Dubeau.—César Nicolás Penson.—Pablo Pumarol.—Emilio Prudhomme.—Enrique Enriquez.—Gastón Fernando Deligne.—Juan Elías Moscoso.—Arturo B. Pellerano.—José Otero Nolasco.

Añádense también algunas coplas, décimas y otras muestras de poesía popular, ó más bien vulgar.